

hoy vive en recogimiento religioso y ha sido siempre una de las más devotas y bienhechoras de nuestra Compañía. Mas Ignacio, confiado de su verdad y deseoso de padecer mucho por Cristo, no consintió que estas personas ni otras hablasen por él, ni quiso tomar procurador ni abogado, ni hombre que alegase por su justicia, pareciéndole no ser necesaria la defensa donde no había culpa. Y también quería, si en algo torciese, ser enderezado de los superiores eclesiásticos, á los cuales toda su vida se mostró serles hijo de obediencia. Estaba en este tiempo en Segovia, y aún no bien convalecido de una gran enfermedad pasada, uno de sus compañeros, que se llamaba Calixto, el cual, luego que supo que Ignacio estaba preso, se vino á Alcalá y se entró en la misma cárcel con él; mas por orden de Ignacio se presentó al Vicario, el cual le mandó tornar á la cárcel, pero poco despues fué puesto en libertad, procurándolo Ignacio, que tenía más cuidado de la flaca salud de su compañero que de su propia causa. Ya habían pasado diez y ocho días que Ignacio estaba en la prision, y en todo este tiempo, ni él sabía ni podía imaginar por qué causa le hubiesen encarcelado. A esta sazón vino el vicario Figueroa á visitarle, y comienza á examinarle y á preguntarle muchas cosas, y entre ellas, si acaso tenía noticia de aquellas mujeres viudas que arriba dije, madre é hija; dijo Ignacio que sí; y el Vicario: «¿Aconsejástelas vos que fuesen en romería, ó supistes cuándo habían de ir?—No ciertamente, dice Ignacio; ántes os afirmo con toda verdad que les he desaconsejado semejantes pasos y romerías; porque la hija, siendo de aquella edad y parecer que es, no corriese algun peligro su honra, y porque más al seguro y más libremente podrían hacer sus devociones dentro de su casa, y ejercitarse en obras de caridad en Alcalá, que no andando por montes y despoblados.» Entónces el juez, riendo (1), le dijo: «Pues ésa es toda la causa por que estais preso, y no hay otra alguna.» Pasados cuarenta y dos días de cómo le prendieron, y venidas las mujeres de su peregrinacion, tomarónles su dicho, por el cual se supo enteramente la verdad, y se halló que Ignacio no se lo había aconsejado, y así cesó toda aquella sospecha. Y viniendo el notario de la causa á la cárcel, leyó al preso la sentencia, que contenía tres cosas: la primera, que daba por libre á Ignacio y á sus compañeros, y que de lo que se les oponía fueron hallados del todo inocentes y sin culpa. La segunda, que su hábito fuese el mismo que el de los demas estudiantes, con manto y bonete, y que de ahí adelante no anduviesen de otra manera vestidos. La tercera, que pues no habían estudiado teología (lo cual siempre Ignacio claramente confesaba), en los cuatro años siguientes no tratasen de enseñar al pueblo los misterios de nuestra santa fe católica,

(1) El caso era para risa! ; Soberbio modo de administrar justicia tenía el señor Vicario de Alcalá! Despues de tener diez y ocho días á un preso sin tomar la indagatoria, al hallarlo inocente lo tomaba á risa.

hasta que con el estudio tuviesen más conocimiento y noticia dellos. Oída la sentencia, respondió Ignacio al juez en lo que tocaba al vestido: «Cuando se nos mandó que mudásemos el color de las ropas, sin pesadumbre obedecimos, porque era fácil cosa el teñirlas; mas agora, que se nos manda traer hábito nuevo y costoso, no podemos obedecer, siendo, como somos, pobres, ni esto está en nuestra mano.» Y así, el Vicario luego les mandó comprar bonetes y manteos y lo demas que á estudiantes pertenecía. Mas despues Ignacio, viendo que con la tercera parte de esta sentencia se le cerraba la puerta para tratar del aprovechamiento del prójimo, no dejó de poner duda en la ejecucion della, y así determinó de irse al arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, que á la sazón estaba en Valladolid, y pasar por lo que él le mandase hacer. Partieron él y sus compañeros para Valladolid, vestidos de estudiantes (como habemos dicho); acogióle el Arzobispo humanísimamente, y viéndole inclinado á ir á la universidad de Salamanca, le dió dineros para el camino, y le ofreció todo favor y amparo siempre que dél ó de los suyos en Salamanca se quisiese valer.

#### CAPÍTULO XV.

Cómo también en Salamanca fué preso y dado por libre.

Ocupábase en Salamanca, como solia, en despertar los corazones de la gente al amor y temor de Dios. Íbase á confesar á menudo con un padre religioso de Santo Domingo, de aquel insigne monasterio de San Estéban. Y á pocos días dijole una vez su confesor que le hacia saber que los frailes de aquella casa tenían gran deseo de oírle y hablarle; al cual Ignacio respondió que iria de buena gana cada y cuando que se lo mandase. «Pues venid, dice el confesor, el domingo á comer con nosotros; mas venid apercebido, porque mis frailes querrán informarse de muchas cosas de vos y os harán hartas preguntas. Fué Ignacio el día señalado con un compañero, y despues de haber comido los llevaron á una capilla, donde se hallaron con ellos el confesor y otros dos frailes, de los cuales uno era el Vicario, que gobernaba el monasterio en ausencia del Prior. El cual, mirando con rostro alegre á Ignacio, le dice con palabras blandas y graves: «Mucho consuelo me da cuando oigo decir del ejemplo grande que dais con vuestra santa vida, y que no solamente os preciais de ser bueno para vos, sino también procurais que lo sean los demas, y que á imitacion de los apóstoles, andais por todas partes enseñando á los hombres el camino del cielo. Y no soy yo solo el que desto me gozo; que también les cabe parte desta alegría á nuestros frailes; mas para que ella sea mayor y más cumplida, deseamos oír de vos mismo algunas destas cosas que se dicen. Y lo primero, que nos digais qué facultad es la vuestra, y en qué estudios os habeis criado, y qué género de letras son las que habeis profesado.» Como Ignacio con simplicidad y llaneza dijese la verdad de sus pocos estudios,

«Pues ¿por qué, dijo él, con tan poco estudio, y con solas las primeras letras de gramática, os poneis á predicar?—Mis compañeros y yo, dijo Ignacio, no predicamos, padre; sino cuando se ofrece alguna buena ocasion, hablamos familiarmente lo que alcanzamos de las cosas de Dios.—¿Y qué cosas de Dios son ésas que decís? Que eso es lo que sumamente deseamos saber.» Entónces dijo Ignacio: «Nosotros algunas veces hablamos de la dignidad y excelencia de la virtud, y otras de la fealdad y torpeza de los vicios, procurando traer á los que nos oyen á lo bueno, y apartarlos cuanto podemos de lo malo.—Vosotros, dijo el Vicario, sois unos simples idiotas y hombres sin letras (como vos mismo confesais); pues ¿cómo podeis hablar seguramente de las virtudes y de los vicios? De las cuales cosas nadie puede tratar con seguridad sino es con teología y doctrina, ó alcanzada por estudio ó revelada por Dios. De manera que, pues no la habeis alcanzado por estudio, señal es que os la ha infundido inmediatamente el Espíritu Santo. Y esto es lo que deseamos saber cómo ha sido, y que nos digais qué revelaciones son éstas del Espíritu Santo.» Detúvose aquí un poco Ignacio, mirando en aquella sutil, y para él nueva, manera de argumentar. Y despues de haber estado un rato en grave y recogido silencio, dijo: «Basta, padre; no es menester pasar más adelante.» Y aunque el Vicario todavía le quiso concluir con la pregunta del Espíritu Santo, y le apretase con vehemencia á que le diese respuesta, no le dió otra sino ésta: «Yo, padre, no diré más si no fuere por mandado de superior, á quien tenga obligacion de obedecer.—Buenos estamos, dice el padre; tenemos el mundo lleno de errores, y brotan cada día nuevas herejías y doctrinas ponzoñosas, ¿y vos no queréis declararnos lo que andais enseñando? Pues aguardadme aquí un poco; que presto os harémos decir la verdad.» Quédase Ignacio y su compañero en la capilla, y vanse los frailes y mandan cerrar las puertas del monasterio, y de ahí á un poco pasáronlos á una celda. Tres días estuvo en aquel sagrado convento Ignacio con grandísimo consuelo de su ánima. Comia en refitorio con los frailes, y muchos dellos venían á visitarle y á oírle á su celda, que casi estaba llena de frailes, á los cuales Ignacio hablaba con mucha libertad y eficacia de las cosas divinas, como era su costumbre, y muchos dellos aprobaban y defendían su manera de vivir y enseñar. Y así, el monasterio se partió como en bandos, aprobando unos y reprobando otros lo que oían de su doctrina. En este espacio de tiempo aquellos padres religiosos, con buen celo, movidos de la libertad con que Ignacio hablaba y del concurso de la gente que le oía y del rumor que de sus cosas, ya tan sonadas, había en la ciudad (el cual casi nunca se mide al justo con la verdad), y viendo los tiempos tan sospechosos y peligrosos, temiendo que so capa de santidad no se escondiese algun mal que despues no se pudiese tan fácilmente atajar, dieron parte de lo que pasaba al provisor del Obispo. El cual al cabo de los

P. R.

tres días envió al monasterio su alguacil, y él llevó á Ignacio á la cárcel con su compañero; mas no los pusieron abajo, adonde estaban los otros presos por comunes delitos, sino en lo más alto de un aposento apartado, viejo, medio caído, muy sucio y de mal olor. Allí ataron á una gruesa cadena, larga de doce ó trece palmos, á los dos presos, metiéndoles un pié á cada uno en ella tan estrechamente, que no podía apartarse el uno del otro para ninguna cosa. Y desta suerte pasaron toda aquella noche velando y haciendo oracion. Mas el día siguiente, como se divulgó en la ciudad que eran presos, no faltaron hombres devotos (de los muchos que á Ignacio solian oír) que los proveyeron abundantemente de cama y comida y de las otras cosas necesarias. Y allí donde estaba preso no dejaba Ignacio sus ejercicios acostumbrados ni de hablar con libertad, ensalzando la virtud y reprehendiendo los vicios, y despertando los corazones de los hombres al menosprecio del mundo. Vinoles á visitar á la cárcel el bachiller Frias, que así se llamaba el Provisor, y á cada uno por su parte le tomó su confesion. Dióle Ignacio el libro de los *Ejercicios espirituales* para que los examinase, y dijole que fuera del que allí estaba, tenía otros dos compañeros, y declaróle la casa donde los hallaría. Mandólos el Provisor prender y poner abajo en la cárcel comun, para que estando así apartados los unos de los otros, no se pudiesen comunicar. No quiso tampoco Ignacio en esta persecucion tomar de los hombres procurador ó abogado que defendiese su inocencia. Pasáronse algunos días desta manera en la cárcel, y al cabo dellos le llevaron delante de cuatro jueces, hombres todos graves y de muchas letras; los tres, llamados Isidoro, Paravías, Frias, eran doctores. El cuarto era el provisor dicho, que se llamaba bachiller Frias. Todos éstos habían leído el libro de los *Ejercicios* y le habían examinado con toda curiosidad. Llegado á su presencia Ignacio, preguntáronle muchas cosas, no sólo de las que en el libro se contenían, sino de otras cuestiones de teología muy recónditas y exquisitas, como de la Santísima Trinidad, del misterio de la Encarnacion, y del Santísimo Sacramento del altar. A lo cual todo, Ignacio (protestando primero con modestia que era hombre sin letras) respondía tan sabia y gravemente, que más les daba materia de admiracion que ocasion de reprehension alguna. Púsole despues el Provisor una cuestion del derecho canónico que declarase; y él, diciendo que no sabía lo que los doctores en aquel caso determinaban, con todo eso, respondió de manera, que dió derechamente en el blanco de la verdad. Mandáronle al fin que les declarase allí el primer mandamiento del decálogo de la manera que lo solia declarar al pueblo; hizolo así, y dijo acerca desto tantas cosas y tan extraordinarias y tan bien dichas, que les quitó la gana de preguntarle más. Una cosa sola parece que no tenían por segura los jueces, que es un documento que se da al principio de los *Ejercicios*, en que se declara la

3

diferencia que hay entre el pensamiento que es pecado mortal ó venial. Lo cual no lo reprehendian en Ignacio porque enseñase cosa falsa, sino porque no habiendo estudiado, se ponía á determinar lo que sin mucha doctrina no se podía bien discernir ni averiguar. A lo cual Ignacio les respondió: «Si es verdad ó no lo que yo acerca desto enseño, vuestro es mirarlo, que para eso os hacen jueces; yo no quiero ser el juez; sólo pido que si es verdad, que se apruebe, y si no, que se repruebe y condene lo que digo.» Mas los jueces, no hallando por qué, no lo osaron reprobar. Venian muchos (como ántes dije) allí á la cárcel, á visitar á Ignacio y á oírle, entre los cuales era uno don Francisco de Mendoza, que despues murió cardenal y obispo de Búrgos. El cual un día, doliéndose de su trabajo, le preguntó si le daba mucha pena el verse preso y en cadenas. Al cual Ignacio respondió: «¿Tan gran mal os parece á vos estar así preso un hombre y aherrojado? Pues yo os digo de verdad que no hay tantos grillos en Salamanca ni tantas cadenas, que no sean más en las que yo deseo verme por amor de mi Señor Jesucristo.» Acaeció en este tiempo que estaban presos, que una noche todos los demas presos se salieron de la cárcel pública y escaparon huyendo, dejándola abierta y tan sola, que solos los compañeros de Ignacio quedaron como por guarda de la casa. Y así, otro día por la mañana fueron hallados ellos solos en la cárcel, las puertas abiertas de par en par. De lo cual no ménos quedaron maravillados que edificados así el juez como toda la ciudad; por lo cual los sacaron de allí, y llevaron á una buena posada. A cabo de veinte y dos días de su prision, fueron llamados ante los jueces para oír la sentencia que se les daba; y en suma fué, que los daban por hombres de vida y doctrina limpia y entera, sin que en ella se hallase mácula ni sospecha, y que pudiesen (como ántes lo hacian) enseñar al pueblo y hablarle de las cosas divinas. Mas que de una sola cosa se guardasen, que era meterse en muchas honduras y declarar la diferencia que hay entre el pecado venial ó mortal, hasta que hubiesen estudiado cuatro años de teología. Leída la sentencia, dijo Ignacio que él la obedecía por el tiempo que estuviese en su jurisdiccion ó distrito. Porque no era justo que no hallándose culpa en su vida ni error en su doctrina, le quisiesen cerrar el camino para ayudar las almas, quitándole la facultad de hablar libremente de las cosas de Dios; y que pues él era libre y señor de sí para ir donde quisiese, él miraría lo que le cumplía.

#### CAPÍTULO XVI.

Cómo fué á estudiar á la universidad de París.

Desde el primer día que Ignacio se determinó de seguir los estudios, anduvo siempre con gran

solicitud, suspenso y deliberando si acabados los estudios, sería bien tomar el hábito de alguna sagrada religion, ó si quedándose libre, se emplearía todo en aprovechar á las almas, buscando compañeros que en esta santa ocupacion le quisiesen ayudar. Esta duda le tuvo en gran manera perplejo y dudoso. Bien se determinaba en que habiendo de hacerse religioso, entraria en alguna religion que estuviere más apartada de sus fervorosos principios y olvidada de la observancia de sus reglas. Porque por una parte le parecia que quizá sería nuestro Señor servido que aquella religion se reformase con su trabajo y ejemplo, y por otra, que tendria en ella más ocasion de padecer y de sufrir las muchas contradicciones y persecuciones que le vendrian de los que, contentos con solo el nombre y hábito de religiosos, habian de recusar la reformation de la disciplina regular y de su vida religiosa; mas mucho más se inclinaba su corazón á buscar y allegar compañeros para con más comodidad y aparejo emplearse todo en la ayuda espiritual de los prójimos; y ésta al fin fué su resolucion, como cosa y vocacion á la cual el Señor le llamaba; y deste propósito estuvo, áun cuando estaba en la cadena de Salamanca. De la cual luégo que se vido suelto, y consideró los estorbos que allí se le ponian para la ejecucion de su deseo, juzgó que le convenia mudar su asiento de aquella universidad. Y así, se salió della, con harta contradiccion de muchos hombres principales, á los cuales dolía en el alma esta partida. Salió con determinacion de irse á la universidad de París, adonde Dios le guiaba para favorecerle, como le favoreció. Tratada pues y acordada la jornada con sus compañeros, se parte Ignacio solo, camino de Barcelona, á pié, llevando un asnillo delante, cargado de libros. Llegado á Barcelona, y tratado su negocio y camino con sus conocidos y devotos (que tenia allí muchos del tiempo pasado), todos con grandes y eficaces razones le desaconsejaron la jornada de París. Poníanle delante el frio muy áspero que hacia, por ser en medio del invierno; la guerra ya rompida y muy sangrienta que habia entre España y Francia, y los peligros y trabajos de que por esta causa estaba lleno el camino. Contábanle muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habian ejecutado contra los caminantes. Mas no bastaron todas estas cosas á detener el camino de Ignacio, que se sentia llevar del favorable viento del Espiritu Santo, y que hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad, y en los trabajos descanso. Y así, se dió á caminar por medio de Francia á pié. Y con el favor de Dios, que le guiaba, llegó á París, sano y sin pasar ningún peligro, al principio de Hebrero de mil y quinientos y veinte y ocho.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Del trabajo que puso en los estudios, y fruto que sacó dellos.

Llegado Ignacio á la universidad de París, comenzó á pensar con gran cuidado qué manera hallaria para que, descuidado y libre de la necesidad que tenia de la sustentacion corporal, se pudiese del todo emplear en el estudio de las artes liberales. Mas sucedióle muy al revés, porque fué grande la necesidad y molestia que pasó en la prosecucion de sus estudios. Habíanle enviado de España cierta suma de dineros en limosna, y como él era tan amigo de no tener nada, dióla á guardar á un su compañero español (1), con quien posaba, y él se la gastó toda (como le pareció), y gastada, no tuvo de qué pagarle. Y así, Ignacio quedó tan pobre y desprovisto, que se hubo de ir al hospital de Santiago á vivir, donde le fué necesario pedir en limosna de puerta en puerta lo que habia de comer. Lo cual, aunque no le era nuevo (y en pedir como pobre hallaba gusto y consuelo), todavía le era grande embarazo para sus estudios, y especialmente le estorbaba el vivir tan léjos de las escuelas como vivia. Porque comenzándose las liciones en invierno (como es uso en París) ántes del día, y durando las de la tarde hasta ya noche, él, por cumplir con el orden del hospital y con sus leyes, habia de salir á la mañana con sol, y volver á la tarde con sol, y con esto venia á perder buena parte de las liciones. Viendo pues que no aprovechaba en sus estudios como quisiera, y que para tanto trabajo era muy poco el fruto que sacaba, pensó de ponerse á servir á algun amo, que fuese hombre docto y que enseñase filosofia, que era lo que él queria oír, para emplear en estudiar todo el tiempo que le sobrase de su servicio; porque así le parecia que tenia ménos estorbo para aprender, que no estando en el hospital mendigando cada día. Y habiase determinado, si hallaba tal amo, de tenerlo en su corazón en lugar de Cristo nuestro Señor, y á sus discípulos de mirarlos como á los apóstoles. De manera que procuraria de representarse siempre la preferencia de aquel santísimo colegio de Cristo y sus apóstoles, para vivir como quien andaba siempre puesto delante de tales ojos y ejemplo. Y así, dejó nuestro buen padre bien encargado en las reglas que nos dió, que mirásemos siempre á nuestro superior, cualquiera que fuese, como á persona que nos representa á Cristo nuestro Señor, y á los padres y hermanos como á sus santos discípulos. Porque esta consideracion en la comunidad y vida religiosa es de gran fuerza para conservar la reve-

rencia que se debe á los superiores, y para mantener la union y paz que entre sí deben tener unos con otros. Deseaba cumplir lo que el Apóstol manda á los siervos y criados, diciendo: «Los que servís, obedeced á vuestros amos con temor y sencillez de corazón, como al mismo Cristo.» Nunca pudo hallar tal amo, aunque con gran diligencia y por medio de muchas personas le buscó. Y así, por consejo de un amigo suyo religioso, despues de haberlo encomendado á nuestro Señor, tomó otro camino, que lo sucedió mejor. Ibase cada año de París á Flándes, donde entre los mercaderes ricos españoles que trataban en las ciudades de Brujas y Anvers recogia tanta limosna, con que podia pasar pobremente un año la vida. Y con esta provision se volvía á París, habiendo, con pérdida y trabajo de pocos días, redimido el tiempo que despues le quedaba para estudiar. Por esta via vino á tener los dos primeros años lo que habia menester para su pobre sustento. Y al tercero pasó tambien á Inglaterra, para buscar en Lóndres esta limosna, y hallóla con más abundancia. Pasados los tres primeros años, los mercaderes que estaban en Flándes, conocida ya su virtud y devocion, ellos mismos le enviaban cada año su limosna á París, de manera que no tenia necesidad para esto de ir y venir tantas veces. Tambien de España le enviaban sus devotos algun socorro y limosna, con la cual, y con la que le enviaban de Flándes, podia pasar más holgadamente, y áun hacer la costa á otro compañero. Con estos trabajosos principios pasó sus estudios Ignacio. Mas no era sola la pobreza y corporal necesidad la que le estorbaba ir en ellos adelante; porque el demonio, que ya comenzaba á temer á Ignacio, procuraba con todas su fuerzas apartarle del camino que con tanto fervor llevaba en sus estudios. Luégo, comenzando el curso de la filosofia, le quiso engañar con las mismas ilusiones que en Barcelona le habia traído al principio de la gramática, de muchos conceptos y gustos espirituales que se le ofrecian. Mas como ya escarmetado, fácilmente echó de sí aquellas engañosas representaciones, y quebrantó el ímpetu del astuto enemigo de la misma manera que lo habia hecho en Barcelona. Fué tambien muy fatigado de enfermedades, yendo ya al fin de sus estudios, aunque al principio de ellos se halló mejor de sus dolores de estómago. Mas despues el castigo tan áspero y tan continuo de su cuerpo, las penitencias que habia (las cuales, por hallarse ya mejor de salud, habia acrecentado), el trabajo del estudio con tan poco refrigerio, la grande y perpétua cuenta que traía consigo para irse en todas las cosas á la mano, y el aire de París, que le era muy contrario y malsano.

(1) Borrado.